
La comprensión de la vivienda como un dominio vital de los seres humanos^[1]

por Joaquín GARCÍA CARRASCO
Universidad de Salamanca

1. Introducción

Algo hay en el concepto entorno, algo tiene, ponemos o incorporamos del entorno para que la gavilla de términos con referencia espacial proporcione una fuente permanente de metáforas, con las que describir experiencias vitales de los seres humanos: «*mundo interior*», «*campo de conocimientos*», «*página*» (de pago, huerta), «*cultura*» (actividad de labranza y cuidados en la finca), «*ambiente de clase*» o «*ciberespacio*». Ese algo del espacio, aunque perceptivamente se muestre como un «fuera», termina por aparecer formando parte de la propia intimidad; el respeto y la protección de la intimidad dicen relación al ámbito de la conciencia y la experiencia personal, y a zonas espaciales en las que transcurren determinados procesos de conciencia y de experiencia. El «*domus*», la casa, —considerado dominio vital por excelencia de los humanos—, no podría entenderse sin referirse a formas particulares de vivencia, de convivencia y, en muchos casos, de crianza; de ahí su denominación de *vivienda*. Hoy,

en nuestras culturas, entendemos que todo lo relacionado con el domicilio, con el lugar donde se vive, todas las prácticas en el hogar, y todos los elementos del hogar, constituyen elementos esenciales del sentido de la vida humana. Para comprender el sentido de la vivienda y el por qué de su condición de espacio de formación, creemos benéfico sondear las experiencias, las vivencias, que llevaron a los humanos a diseñar estos lugares de intimidad, contrapuestos a los espacios abiertos o a los espacios públicos; se dice de la vivienda que es el lugar primario, la zona fundamental de construcción del sujeto. La categoría espacio, para la comprensión del fenómeno global de la educación, se trae a cuento con demasiada parsimonia [2].

Mostraremos que el espacio, en tanto que dominio en el que se vive, no es meramente escenario, sino que se define, se delimita y adquiere sentido, en interacción con las acciones vitales de los organismos. Intentaremos demostrar que en la institución de un espacio humano y en la valoración de su calidad intervienen,

de manera relevante, variables convivenciales, para bien y para mal; y que, por lo tanto, la calidad del hogar, en definitiva, se mide por la calidad convivencial. La razón fundamental estriba en que dentro de los espacios convivenciales es donde se completa la construcción del sujeto. De ahí que la casa, en tanto que lugar fundamental de convivencia, constituya el espacio primordial para la construcción-destrucción del sujeto.

Emplearemos como método en la argumentación la epistemología evolutiva; es decir rastreamos los argumentos dentro de las tramas que conectan el mundo de la vida hasta llegar a la casa de los humanos. Se trata de un ejercicio de que denominaremos *humanismo de pertenencia*: un estudio de la vivienda humana que muestre su rol en la educación al tiempo que la conecta al mundo de la vida; un testimonio de antropología de la educación que rompa y abandone la dicotomía entre naturaleza y cultura, que colme la brecha semántica entre las ciencias y letras, que muestre la necesidad de la integración entre el acondicionamiento de la vivienda y el acondicionamiento de la convivencia, para que la casa sea espacio de construcción y no de destrucción del sujeto. Una reconstrucción del espacio de vivienda desde la *transversalidad* del conocimiento.

2. Cada especie se trata con el espacio por una doble vía

El espacio como un continuo donde todas las cosas están es una abstracción física, geológica o astronómica, porque no hay espacio sin cosas. Incluso el espacio

como mundo de la vida, también constituye una abstracción biológica, porque el espacio vital lo instituyen los propios seres vivos. La experiencia primaria de espacio de vivienda, tema de este trabajo, parece estar elaborada en los organismos superiores con materiales que proceden por dos vertientes: (i) la una perceptiva, desde ella el entorno está formado y diferenciado por paquetes de señales con sentido; por aquí el espacio funciona como *atractor* y activador para la práctica de funciones perceptivas (*funciones mentales de reconocimiento*), por aquí el espacio es reconocido [3]; de hecho, hay tantos mundos de vida como espectros perceptivos puedan identificarse en los organismos, cada especie tiene el suyo [4]; (ii) la segunda es la vertiente *emotiva* y acarrea estados internos *emocionales* que predisponen a la acción (*qualias, tramas emocionales, funciones mentales emotivas*); por aquí el espacio es calificado como situación. La experiencia vital, dentro de la historia evolutiva, terminó siendo dual: cognitiva y emotiva. Esas dos categorías las aplican muchas especies de seres vivos como criterios para la identificación y valoración de *sus* dominios vitales. Desde los rasgos semióticos *se nota la realidad espacial*, desde los estados internos *se siente* la amabilidad espacial; realidad y amabilidad; la dinámica de la construcción de la experiencia se alimenta de notación y sensación; la de los sujetos humanos, de realidad y sentimiento.

En este trabajo, analizaremos la vivienda de los humanos, asumiendo una perspectiva denominada por Konrad Lorenz epistemología evolutiva, buscando

do tramas que conectan nuestro modo de habitar con la historia evolutiva de los *dominios vitales* en el mundo de la vida, de esa manera obtendremos aportaciones de sentido a la materialidad de la vivienda, intentando explicar por qué la casa ha terminado por convertirse en una necesidad vital.

3. Todos los mundos de vida y todos los dominios vitales son interdependientes

Hay tantos mundos de vida como especies anden viviendo, tanto percibiendo como conmoviéndose. Cada modo de vida acontece y adquiere sentido en un contexto que le es propio, que es intransferible, que se define y se borra con él. Con cada especie extinguida se elimina un capítulo del libro de la vida y una manera de sacar provecho del espacio.

Cuesta un poco más calibrar la medida en la que, siendo propios de cada especie, todos esos mundos son interdependientes. En la cultura occidental se pensó el espacio de vida dentro de un humanismo pergeñado a partir de caracteres de exclusividad, desde la concepción del hombre como rey de la creación, un *humanismo de dominancia*. Está creciendo la sensibilidad ecológica, consecuencia de la percepción del deterioro ambiental y de la insostenibilidad de un desarrollo incongruente con el equilibrio de la biodiversidad; esa sensibilidad promueve una cultura ambiental que induce un *humanismo de dependencia* con el mundo de la vida en su conjunto. La información sigue fluyendo, incluso hemos traspasado la frontera del denominado

programa de la vida; en el 2003 hemos plasmado el borrador muy avanzado del genoma de los humanos e identificado, con notable fiabilidad, sus 3.000 millones de bases [5]. Hemos comprobado que todo el mundo de la vida está construido con los mismos materiales. Debemos alcanzar, con todos los matices oportunos, un *humanismo de pertenencia*: ni como dominantes ni como dependientes, sino como pertenecientes, en tanto que siendo y viviendo como seres vivos. Este es el marco de referencia desde el que entender la condición humana de fondo, su diversidad, no sólo la sociocultural, porque los humanos actuales tendrán que habérselas con nuevas formas de trato con la intimidad, no únicamente con sus adentros, sino con las diferentes moradas en la que su vida transcurre, desde el nivel genético al social.

La exigencia de dominio vital es una trama que conecta todo el mundo de la vida y alcanza al humano. Intentaremos, desde esta perspectiva, profundizar en la semántica de la *vivienda*, pero no meramente en el sentido de casa o apartamento, sino en el de zona especialmente delicada del andar viviendo. El concepto de dominio vital tiene un componente de significado espacial y otro de quehacer, de *locus-dónde* y de *qué* se está haciendo, de realidad y de amabilidad posible, porque el espacio es contexto de reconocimiento y contexto de padecimiento; acontece con la humilde silla y acontece con el socio.

4. Modos de vida, modos de habitación y modos de ser

Los *dominios vitales* siempre están

definidos y marcados por *paquetes de señales* con sentido, en la práctica se instituyen como un *nodo de relaciones*, una encrucijada, entre un específico modo de vida (arquitectura comportamental) y un *hábitat* determinado. El modo de vida se describe como *etograma* (sistema de comportamientos) y el *hábitat* se mapea e identifica en su especificidad por un conjunto multidimensional de variables. La relación entre esas dos complejidades es tan estrecha que causa el hecho de que cada hábitat sea específicamente único; dicho de otro modo, la identidad de la especie se puede describir o por su etograma o por su ecograma, por su *autopoiesis* o por su *ecopoiesis*, por su *viviendo* (modo de vivir) o por su *vivienda* (modo de habitar).

Un dominio puede representarse por un polinomio de variables (temperatura, humedad, pH del agua, recursos alimenticios...); para cada variable existe un rango entre cuyos límites se entreteje la *oportunidad* y se muestra la *adaptabilidad* de cada especie [6]. Cuando un entorno cambia o es posible la adaptación o la desaparición. La trama de variables que definen un hábitat es realmente como un hiperespacio (de múltiples coordenadas), no es euclidiano; en ese espacio quedarían representadas variables abióticas (temporales, espaciales, territoriales) y variables bióticas (competidores, depredadores, etc); esta integración de variables conduce a la noción de *nicho ecológico* de un organismo o de una especie. El nicho, como un nido invisible, se expresa mediante conceptos territoriales, situacionales y circunstanciales, muestra el conjunto de interacciones organismo-

entorno en el que transcurre una vida, e incluye el *papel* que cada especie de vida juega dentro de cada *ecosistema*: la urdimbre de los modos de vida y sus acciones en el territorio. Algunos biólogos se refieren al hábitat como el foco de la orientación vital del organismo, en tanto que el nicho lo toman como el centro de su profesión y trabajo biológico; pero es como pato y ansarón dos nombres para una misma realidad *auto-ecopoietica*. La aplicabilidad de estos conceptos no cambia con el tamaño de los organismos. De ahí que el concepto de hábitat, nicho ecológico, dominio vital, pueda rastrearse desde los organismos celulares hasta los seres humanos [7]. Dado que el nicho es espacio de sobrevivencia, la permanencia de una especie depende del carácter único del mismo, de la particularidad con la que lo explote. Todas las especies podrían asumir la proclamación humana de necesitar un sitio donde vivir, o de no poder vivir en cualquier sitio. La historia de la evolución podría escribirse como la evolución de los dominios vitales, de los espacios de vida, de los lugares de residencia. La historia de la selección natural podría narrarse como la de la competencia interespecífica, que conduce a la divergencia ecológica, a las diferencias de morada.

La identidad biológica de cada especie quedará definida por el modo de *estar viviendo*, y por la singularidad de su nicho ecológico, la originalidad de su *vivienda*. Quien quiera estudiar las formas de vida tendrá que decidir ante una posible bifurcación metodológica: estudiar el modo de vida desde la perspectiva etológica (comportamental) o desde la

perspectiva ecológica (ecosistémica). Ambas, Etología y Ecología están unidas por la raíz, las diferencia un cambio en una letra: estudiar el comportamiento animal o la morada de los animales, si comportamiento y morada se toman por lo que son en realidad, son proyectos equivalentes. Tanto vale estudiar el modo de vida humano como estudiar en plenitud los caracteres de su vivienda, los etológicos (el comportamiento de los inquilinos) o los ecológicos (los elementos significativos en la materialidad de la vivienda).

Estudiar la vivienda humana, considerando únicamente la casa, como edificio, examinar la casa atendiendo exclusivamente al montaje arquitectónico, desatendiendo para la propia noción los procesos que dentro de ella transcurren o apenas llegan a devenir, es quedar atrapados en la metonimia. Se comprende la atención a la materialidad de la vivienda, porque conseguir la casa es el signo más tangible de tener posibilidades de vida; vivir en la propia casa, parece la muestra pública más palpable de autonomía. No obstante, consideramos buena estrategia, también, salir de los problemas de la adquisición de vivienda, que nos sitúan dentro de las condiciones del mercado, de la posición o el estatus, e indagar en la antropología de la vivienda, escarbar en el hecho de que la vivienda, aun siendo construida, entró a formar parte de la condición humana integral, en algún momento de la historia evolutiva, como si la naturaleza humana exigiese, un apéndice hecho de mampostería. Para proceder a esta investigación veo buen criterio explorar la *vivienda en*

estado salvaje, antes de que aparezca en barrios domesticados, con el objeto de que nos aflore toda su semanticidad.

5. Las funciones de reconocimiento y los dominios vitales en estado salvaje

5.1. *Funciones mentales y ecología de la localización*

La vida tiene que ver, desde el principio, con el lugar y con el movimiento en el lugar. Nació en un medio fluido [8] y pronto significó una ventaja disponer de medios para moverse en él, yendo al encuentro de los recursos de vida, sin tener que esperar a que las corrientes del fluido los pusieran al alcance. Vivir tiene, pues, mucho que ver con movimiento y localización, con notación de señales y sensación (amabilidad) por las que se reconocen los lugares óptimos para alimentarse, esconderse o encontrar socio reproductor; y sobrevivir estará vinculado con fenómenos de dispersión, desplazamientos, vagabundeo o lugar de reposo, tanto si se trata animales cazadores solitarios, como el gato, o de animales sociales como los chimpancés. La vinculación con el lugar de vida, con la «morada», depende de la interpretación y el *reconocimiento* de señales, en vistas a poder vivir. A veces, la localización se decide por señales muy simples: hojas aciculares de pinos o anchas hojas de árboles caducifolios señalan territorios para diferentes especies de aves. En éstas, la elección del lugar de nidificación puede depender de la frondosidad del árbol a diferentes alturas del suelo, o de la presencia y distancia de otros individuos,

competidores o depredadores; en todos los casos, la vida acontece en dominios definidos por haces de señales con sentido. Pero, no acaba el análisis de estos dominios vitales si meramente se describen los caracteres geográficos, materiales o estructurales, de los territorios de movilidad, porque en su identificación, uso y funciones, están implicados sistemas complejos adaptativos (*sistemas intencionales*). Podemos afirmar que el nomenclator de la *biodiversidad*, el catálogo de las diferentes formas de *habitación*, el inventario de las *funciones* de los organismos en sus hábitats, podría sistematizarse mediante una nómina de diversos tipos de mentes [9]; es la interdependencia y la calidad de la actividad lo que refleja la verdadera condición de la habitación, el verdadero proceso de habitar [10]. En muchos insectos la selección del sitio de habitación se vincula a la discriminación de estímulos quimiosensoriales, caracteres ópticos del suelo o propiedades táctiles del sustrato, entre otras muchas. En el caso de las abejas, muy bien estudiado, la localización del sitio, la construcción del panal, la fuente del alimento, la migración de los enjambres, todos estos procesos de *selección* constituyen un cálculo de costes energéticos y compensación reproductiva [11]. Por todo ello, la descripción del modo de habitación de la abeja no se puede agotar levantando al detalle el plano de la colmena, no tiene sentido hasta que se llene de actividad.

Las funciones de relación, el proceso de cohabitación, entre los organismos y sus dominios vitales, lugares de andar viviendo, constituyen capítulos genuinos de *inteligencia animal* (en cualquiera de

sus formas), como si el modo de habitación o el sentido de la vivienda dependiera de las calidades de las funciones mentales que exhiben las diferentes especies [12]. Tampoco se puede olvidar que, cuando la representación espacial no está conformada únicamente con objetos, sino que intervienen acontecimientos, entonces estamos ante un proceso de identificación *espacio-temporal* del dominio vital. Incluso entre los humanos, cuando una familia se muestra mal avenida se expresa la disfunción con expresiones como «aquí no se puede vivir»; dejan constancia de que el dominio vital incorpora en su definición y calificación las formas de la experiencia.

5.2. Tenacidad del apego al territorio

La identidad de una especie animal tanto está señalizada por su apariencia como por su dominio vital, por su territorio. En los humanos es evidente este segundo aspecto: además de la vinculación al dominio vital, el *apego* al lugar de residencia. Lo primero que aprendió a decir ET en lenguaje humano (el extraterrestre) fue «mi casa». Este apego a la morada constituye, igualmente, una pauta que nos conecta con el mundo de la vida. El vínculo al territorio de habitación, también denominado *tenacidad del lugar*, se muestra de manera espectacular en especies que retornan al mismo sitio donde nacieron para consumir un nuevo proceso de reproducción. Para mantener y sostener este apego territorial, muestran extraordinarias aptitudes de reconocimiento [13]. Otros animales se servirán para reconocer un territorio de complejas relaciones entre objetos. La

importancia de este apego a los dominios vitales se mide por el alto coste energético que supone para las diferentes especies la selección y defensa de las áreas de cría o de avituallamiento, el retorno al punto del que fueron desplazadas, o la explotación de áreas situadas a enormes distancias en el caso de las especies migratorias aéreas o marinas.

Pudiendo ser varios los dominios en los que los seres vivos actúan, en unos se procuran y recolectan el alimento, hay algunos especiales, como los de la reproducción y la crianza de unos vástagos precarios de movilidad— nido, madriguera, guarida, criadero, ura...—, que adquieren relevancia especial por lo que en ellos acontece. Muchos mamíferos que no suelen defender sus territorios de caza, sí defienden, en cambio, áreas muy limitadas, para ellos de importancia excepcional: el territorio de guarida, la lobera o la cueva del oso. Lo que en cada sitio se anda haciendo proporciona el contexto del que obtener la significación del lugar; el valor de cada habitación depende de su función como contexto de acción.

También los humanos, tienen diversos espacios de andar viviendo y sienten este apego al territorio de crianza, si hubo tiempo para crear el vínculo: lo mantienen de por vida como rasgo de identidad, se muestra en forma de ansiedad en la mudanza y en el sentirse perdido en territorios extraños, el premio a una vida emigrante, con éxito, frecuentemente se concreta en poder volver. ¿Qué es lo que une a la tierra, cuál es el cemento territorial que tanto vincula a los humanos con su vivienda?

6. Al alba en el dominio vital de los humanos

Hemos indicado que el dominio vital se delimita en una intersección, coordinación de interacciones, entre modos biológicos de ser y comportarse de los organismos y modos de ser y permitir ser de los entornos ambientales. Esa intersección se encuentra atravesada de oportunidades de vida y funciones mentales de reconocimiento y emoción. Por eso podemos denominar al dominio vital *hiperespacio*, porque se trata de un dominio definido por múltiples variables. Esto es precisamente lo que conviene rastrear para conseguir plenitud de semanticidad en la comprensión del dominio vital de los humanos.

Indiquemos unos cuantos pasos en ese camino. El fundamental es entender que el vivir, en gerundio, cuyo carácter multidimensional es el que identifica y delimita un dominio vital, tiene, por este motivo, mas que el carácter de un *locus-dónde* la propiedad de un *locus-operatorio*, que se especifica por lo que se está haciendo, por lo que se puede hacer. ¿Qué anduvieron haciendo o queriendo hacer los seres humanos hasta construir o demandar una vivienda, con necesidad vital?

¿Qué se anduvo haciendo para que se iniciara el itinerario evolutivo humano que terminó identificando a los humanos, siempre, como inquilinos? La respuesta, como decimos, no puede olvidar que el concepto de dominio vital implica, no sólo *donde-lo* hacían, sino *lo-que* hacían. El catálogo de peculiaridades para iniciar

la cuenta de los humanos es muy largo. Morris Desmond se ha hecho famoso por calificar al humano de «mono desnudo» [14], quizá sea más correcto mono lampiño, equivalente a proponer que, lo primero, fue perder el pelo en la dehesa; Rabelais propuso «animal que ríe», Descartes «animal racional», Thomas Huxley «animal moral»; otras opciones son «animal cultural», «animal parlante»... Y David Premack, el primatólogo, «animal pedagógico» (sin pretender molestar a nadie), haciendo referencia a los procesos culturales y a las prácticas de enculturación. Pascal Picq y Yves Coppens [15], dos antropólogos de reconocida solvencia, han dirigido una colección de tomos bajo el lema «Aux origines de l'humanité» (Los orígenes de la Humanidad), cuyo volumen segundo se titula «Le propre de l'homme» (lo propio de los humanos). Allí indican que la posición de primer indicio humano la tiene la bipedia, el sistema locomotor que soporta la manera de caminar, con amplia unanimidad entre los paleoantropólogos. La selección de tal modo de marcha ha de tener que ver con maneras ventajosas de satisfacer necesidades vitales [16]. En la importancia de la bipedia coincide Richard Leakey, quien estima que la condición de bípedo merece la denominación de «humano», para todos nuestros ancestros con bipedia [17]. En el caso humano se debe explicar por qué la bipedia se encuentra asociada en el proceso evolutivo al desarrollo del cerebro. Algunos, componen una deducción rápida: caminan sobre las extremidades inferiores, liberan las superiores y quedan dispuestas para el manejo de útiles. De aquí, pasan a imaginar el nacimiento de la vivienda

como un espacio construido, como puro ejercicio técnico. Del mismo modo que se aplicó la inteligencia técnica a la construcción de útiles de caza, se aplica también a la construcción de abrigo, a la transformación de espacios de intimidad.

Lovejoy entiende que la presión selectiva, la ventaja de la liberación de las manos, se encuentra asociada con el acceso a nuevas fuentes de alimentos, a la *recolecta de alimentos para* las hembras, que podrán dedicar más energía al cuidado de las crías. La locomoción se muestra en coteriva con la complejidad de la conducta social. Conjeturo el nuevo escenario, en este otro planteamiento, como espacio de relaciones trenzado con vínculos de parentesco, organizado para compartir medios de vida, como recinto de cooperación en el beneficio definitivo de la supervivencia y de la descendencia. Si el dominio vital se instituye, en todas las especies vivas, como nodo o intersección entre hábitat y profesión o actividad biológica, la vivienda de los humanos también se sitúa en la confluencia entre hábitat y profesión, entre el dominio vital y las categorías de actividad que le son propias, entre ecograma y etograma. Uno de los rasgos característicos de la profesión de los humanos pienso que estuvo en sus caracteres convivenciales: en la convivencia como modo de vida. La historia que lleva de la vida en grupo nómada, pasando por campamentos, hasta llegar a la cabaña, se puede escribir de muchas maneras, tal vez complementarias, pero no tengo dudas que una de ellas es la una historia evolutiva de convivencias.

Están planteadas, pues, dos perspectivas para comprender la dinámica evolutiva de la humanización y su modo de habitación: la perspectiva del útil, que alcanzaría al útil de cobijo, y la perspectiva social. Sorprendió, en su momento, comprobar la cultura de útiles entre los chimpancés, pero sorprendió aun más verlos tramando alianzas y reconciliaciones [18]. Estos antepasados nuestros no construyeron cabañas, aunque alguna de las especies, los gorilas, todas las noches hacen una cama. Por estos motivos a la primera perspectiva para la humanización se la denomina «*modelo tecnológico*» y a la segunda «*modelo maquiva-velico*» [19].

7. Comprensión técnica y comprensión social del andar a la vivienda

7.1 Reducción de la inteligencia operatoria a las habilidades técnicas

La sobriedad de la ciencia nos predispone a comprender el andar a la vivienda en términos biológicos y evolutivos. E. Carbonell y R. Sala, pertenecientes al grupo de directores de investigación en el yacimiento de Atapuerca, entienden el andar viviendo como conjunto de estrategias en función de éxito evolutivo, juegos y trucos de envite donde lo que se pone en juego es la descendencia, una competencia que denominan «*inteligencia operatoria*» [20], cuya manifestación es la «*aplicación técnica*», como eje central de nuestra «*autoecología*». Esta aplicación técnica, afirman, inicia el proceso de cultura; a partir de ese momento, el derrotero cultural de la humanización se bifurcará forzado por la selección natu-

ral. La historia de la humanización consistirá, desde la bifurcación, en la historia de cambios que guía la selección técnica. Constituye una auténtica tradición identificar inteligencia operatoria humana con habilidades técnicas. En la especie humana, la naturaleza «ha adoptado la selección técnica como mecanismo de adquisición de complejidad» [21], hasta el punto de que la originalidad del etograma de los humanos la cifran estos autores en el comportamiento extrasomático de la producción de instrumentos. Para un estudio de la dinámica evolutiva cultural la elección de esta unidad de análisis, la inteligencia operatoria asociada con la técnica, tiene la ventaja de poder tratar con evidencias empíricas (útiles y fósiles), poder inferir funciones mentales operatorias asociadas a la solución de problemas vitales y poder deducir mediaciones relacionales de incorporación de conocimiento [22].

Estamos dando a entender lo que realmente piensan muchos: además de los procesos evolutivos biológicos asociados al «gen» (segmento de ADN) y que estudia la *genética*, entre humanos tienen lugar otros procesos evolutivos, de replicación y reproducción de información, vinculados a la noción de «*meme*» (partícula de cultura) y que estudia la *memética*. El término *meme* fue introducido por R. Dawkins [23] en los años setenta del pasado siglo, ya hay autores que asumen el concepto para el planteamiento sistemático de la evolución cultural [24]. R. Aunger ha acometido, con notable éxito, la descripción de los *replicadores culturales*, en tanto que estrategia biológica para aumentar la efi-

ciencia en la resolución problemas. Esa estrategia es el aprendizaje socialmente mediado, como *zona* en la que tiene lugar la replicación cultural, *el donde* se hace patente la dinámica reproductivo-evolutiva de los memes [25]. Si esto es así, nuestra relación con el espacio también se encuentra socialmente mediado: la localización, delimitación, organización del espacio, entre los humanos, *además* de por requerimientos de nicho ecológico debió estar asociada a requerimientos culturales, a todas las exigencias que fue construyendo la evolución cultural del grupo de los humanos.

Si el trabajo *colectivo*, la subsistencia *cooperativa*, aparece como ventaja biológica y lleva a éxito adaptativo, entonces, ¿por qué no tomar la casa, dentro del objetivo de este trabajo, como la aportación de una estrategia técnica a la solución de un problema de subsistencia, planteado en términos de relaciones sociales? Esto supondría demostrar dos cosas: (i) que el denominado comportamiento social, en la línea humana, es también una inteligencia operatoria, que contribuye de manera esencial a optimizar la ecuación costo-beneficio en la relación con los dominios de subsistencia; y (ii) demostrar que el asentamiento, como una de las formas de relación del grupo humano con el espacio recibió presión decisiva, no sólo de la relación espacial de subsistencia, sino de una relación espacial de convivencia.

A favor de lo primero, intentaremos aportar argumentos desde la etología que demuestran la complejidad de la conducta social de los primates, especialmente

de los chimpancés, y del carácter operatorio que presenta la competencia social humana. A favor de lo segundo traeremos datos sobre la aparición de la cabaña.

7.2. *El comportamiento social como expresión, también, de inteligencia operatoria en los primates*

Desde 1860 hasta 1950 la prehistoria de la humanidad se ha estudiado rastreando civilizaciones artesanas y culturas fabriles, por entender que las implicaciones mentales y sociales del concepto de cultura tienen que ver con el empleo de artefactos; quedaban desdibujados los comportamientos necesarios para la transmisión-reproducción de estos patrones de comportamiento técnico a generaciones sucesivas. Se entendía que la historia humana empieza con el *Homo faber*.

«En lo que concierne a la inteligencia humana no se ha subrayado bastante que la invención mecánica ha sido la dinámica esencial, que todavía hoy nuestra vida social gravita entorno a la fabricación y utilización de instrumentos artificiales, que las invenciones que jalonan la ruta del progreso han marcado, al mismo tiempo, la dirección. Apenas lo estamos percibiendo, porque las modificaciones de la humanidad cabalgan habitualmente sobre las transformaciones del utillaje» [26].

Las dudas se inician cuando Goodall descubre en 1960 empleos de herramientas entre los chimpancés del valle *Gombe*

Stream en Tanzania [27]; a parecidos descubrimientos llegó, por las mismas fechas, Toshisada Nishida en Mahale, también en Tanzania. A estos nombres se fueron uniendo los de W.C. McGrew, M. Tomasello y otros. Se ha llegado a reunir un elenco de hasta 65 pautas de comportamiento de chimpancés «susceptibles de entrar en la categoría de expresión cultural», en muchas de ellas con implicación de objetos [28]. Ahora estamos, pues, con inteligencia práctica y aprendizaje socialmente mediado a uno y otro lado, en la hominización y en la humanización. Ambos caracteres no son, en sus manifestaciones más primigenias, rasgo exclusivo humano, sino que se sospecha que se retrotraen en la evolución hasta el orden de los 14 millones de años [29], entre ancestros comunes a chimpancés y humanos.

Franz Waal, a partir de la observación de chimpancés, referencia una gran variedad de «mecanismos sociales» aplicados a la resolución de problemas prácticos; confirma reconocimientos individuales, esenciales para el mantenimiento de jerarquías; habla de «conciencia triádica», en tanto que «capacidad de percibir relaciones sociales que se dan entre otros individuos y formar relaciones triangulares variadas», (...) conductas de intervención dirigidas a provocar reconciliaciones, interferencias, coaliciones o chivatazos...» [30]. Las «coaliciones con ventaja mínima» suponen que «pueden prever lo que va a ocurrir... y prever varios pasos (submetas) por delante de los acontecimientos» [31]. Si sorprendió la tecnología de partir nueces —implica búsqueda y acarreo de piedra yunque y

piedra martillo hasta los nogales—, no debiera escamotearse que, entre los chimpancés de la selva de Tai, las madres reparten nueces con sus hijos durante un largo período de tiempo, garantizando complemento en la dieta del retoño [32]; y mayor refinamiento tiene aún la repartición de carne tras una cacería entre los miembros del grupo, aun sin vínculos de parentesco.

A la importancia del aprendizaje socialmente mediado, en una u otra forma exigible a todo proceso de reproducción cultural, se une la importancia inductora de la evolución adaptativa de la estructura anatómica. La función de locomoción bípeda origina diseños anatómicos en la pelvis de las hembras que estrechan el canal del parto, en aparente contradicción con el crecimiento de la capacidad craneana, lo que llevaría a partos poco saludables. La evolución lo ha resuelto mediante huesos blandos en el cráneo al nacer, es decir, mediante el nacimiento en *estado ontogenético inmaduro*, y un largo *período de exterogestación* [33]. Estas características bioanatómicas, y las sociales anteriormente descritas, debieron encontrarse en el inicio de la «división del trabajo», el fortalecimiento de los vínculos de pareja, la cooperación de machos en la búsqueda de alimento y copartición de alimentos respondiendo a «normas» complejas de estatus y jerarquía. Aunque territorialmente no fuesen desde el principio áreas estables, las prácticas sociales instituyeron espacio de interacción por el que transcurrir la vida del grupo, una zona de sostenimiento grupal y unos escenarios de actores sociales en los que se establecen roles, se

reconocen y se reproducen prácticas culturales [34]. En suma, comprueba una vertiente evolutiva en la que el espacio no solamente se define como área de explotación, sino como área de convivencia.

En el fondo, lo que más impresionó a los primatólogos ni siquiera fue el empleo de herramientas, sino el hecho de que esa competencia se transmitiera por aprendizaje socialmente mediado. En las estructuras de esos *procesos sociales de incorporación de habilidad* se encuentran enhebrados dos categorías diferentes de procesos y funciones mentales: los que corresponden a la *predisposición a aprender de otros* (sobre todo de la misma especie) y los correspondientes a la *predisposición a aprender algunas cosas* (no acerca de cualquier cosa); ni aprendían de cualquiera ni aprendían cualquier cosa. En la predisposición a aprender se introducen matices intersubjetivos, ya que se ha advertido que la imitación no sigue rutas aleatorias, sino más bien las de parentesco y proximidad en la escala social [35]. Esto no se puede explicar dentro de un marco meramente conductista, de estímulo-recompensa, porque se dan patrones culturales dirigidos a una meta que tan solo proporciona bienestar subjetivo, como por ejemplo el juego con piedras entre macacos japoneses (hasta ocho modalidades de juego) [36]; en otros casos, el período de aprendizaje puede durar años y la recompensa se retrasa de manera que no puede ser su expectativa el motivo que sostiene el proceso de imitación; el aprendizaje del cascado de nueces puede durar de 3 a 6 años. Estas dependencias y aprendizajes llegan a tener valor de supervivencia, valor adap-

tativo; la supervivencia del grupo depende sobremanera de estos patrones, por insertarse en su ecología de subsistencia, de esta manera el grupo adquiere dependencia del rasgo adquirido y este se inserta como componente significativo del modo de vida. El proceso de transmisión cultural exhibe toda una teoría de funciones mentales complejas. F. Waal denomina esta situación como «Aprendizaje observacional basado en lazos de parentesco y en la identificación de los congéneres» [37], «es una forma de aprendizaje originada en el deseo de ser como otros» y en la satisfacción correspondiente de este deseo. Las ventajas o recompensas objetivas serían secundarias.

De este modo, la protocultura del espacio está tan asociada a la «capacidad de invención» como a patrones sociales de reproducción-imitación [38]. El modo de vida social, y las funciones mentales que lo promueven, también están en el origen de la institución cultural de espacio social; sin embargo, a no ser por la construcción de la cama, en lo referente al espacio social, los primates no son artesanos espaciales, no construyen espacios de intimidad, ni grupal ni familiar, aunque cada patrón de comportamiento pueda asociarse a nichos espaciales de actividad, porque todos los comportamientos están, de alguna manera, favorablemente localizados.

«...el utillaje aparece no como el gran estructurador de la civilización, sino tan sólo como una respuesta técnica, o como tentativa de respuesta técnica a los problemas de sobrevivencia y de coexistencia, de adaptación y

primera apropiación de un medio esencialmente polimorfo, con imperativos favorables o constrictivos...» [39].

7.3. *El comportamiento social como inteligencia operatoria en los humanos*

En la evolución de los humanos, especialmente para el segundo sistema replicante o *selección cultural*, fue ventajoso acrecentar la «autoridad de primera persona», la *conciencia* del proceso de comportamiento cognitivo y emocional, y las conjeturas, las convicciones y las predicciones acerca de estos estados mentales en el otro, como criterio para orientar el propio comportamiento. Algunos filósofos llegan más lejos y estiman que, a pesar de las apariencias, no tenemos un entendimiento más privilegiado de la propia intimidad que el que podemos tener de alguien a quien observamos [40]. «Ahora los filósofos se han dado cuenta de que parte de nuestra comprensión de los conceptos (o predicados mentales) consiste en saber qué tipo de comportamiento observable justifica la adscripción de estos conceptos en los demás» [41]. Es como si la calidad de nuestra autoridad de primera persona dependiera de la *capacidad de ponernos en el lugar del otro*; como si en la medida en que nos cerramos a la comprensión de otros enturbiáramos nuestra propia comprensión. En cualquier caso, queda patente que el potencial de las funciones mentales humanas está vinculado a las funciones mentales de entendimiento social.

El escenario típico del funcionamiento mental piagetiano es el del sujeto y un entorno de objetos. El entorno de apren-

dizaje conductista es el de un sujeto comportamentalmente flexible, un mundo de estímulos y un supermercado de alternativas de recompensa. Mente-mundo y mente-sociedad pareciera que siguen derroteros separados, en ambas propuestas. Se piensa la inteligencia humana como un taller de artesano o un laboratorio de científico, laborioso y desapasionado; pero, los espacios humanos muestran, la relevancia vital de las prácticas de convivencia, que son también prácticas por necesidad vital.

Si, como hemos comprobado, en nuestro entorno evolutivo es tan importante el aprendizaje socialmente mediado [42], si este es un escenario protocultural primario se comprende la hecatombe que supone para la construcción del sujeto el abandono, o los casos de privación sociocultural grave, el fenómeno del hospitalismo o los niños de orfanato, los «includeros». Desde el punto de vista de una antropología de la educación, este aspecto de la semanticidad del comportamiento, junto a otros, pensamos que debió estar en el origen de la configuración del espacio convivencial que dio origen a la cabaña, a través de transiciones, de campamentos y otras modalidades de asentamientos. En el comportamiento de los adultos humanos aparece una clara intención de contribuir y asegurar el margen potencial de éxito en la construcción de la experiencia de la criatura. Vygotsky cree que esa ayuda-mediación es fundamental para el aprendizaje del esquema básico de acción entre los humanos. Los dominios vitales de los humanos se van instituyendo de manera relevante incluyendo en la definición, en la evaluación

de la amabilidad del espacio y en las iniciativas y modos de habitación la praxis relacional. Nosotros los humanos comprendemos la vivienda en el contexto de la lectura de la mente de los demás:

«Toda nuestra vida de relación se basa en supuestos tales como que los demás —como nosotros mismos— tienen representaciones e intenciones, creencias y deseos, recuerdos y percepciones. Los humanos no sólo tenemos una mente, sino que sabemos que los otros humanos la tienen. Constantemente «leemos» la mente de los otros en sus expresiones y sus acciones, en sus palabras y sus hechos. Sin esta capacidad no sería posible comprender la naturaleza de la inteligencia humana ni los secretos de su origen» [43].

7.4. *Los dominios humanos como espacios convivenciales*

La categorización de los espacios donde viven los humanos, su andar a la vivienda, se deriva de un cogollo de competencias de comunicación y entendimiento al servicio de la cooperación sobrevivencial; esta es una forma embrional de *actuar con conocimiento*, una categoría básica de práctica humana y es un contexto adecuado para comprender la presión evolutiva que lleva al lenguaje [44]; en su origen no debió encontrarse únicamente presión para la comunicación de información respecto al entorno, como en la comunicación de las llamadas referenciales de los monos verdes o totas que investigaron R. M. Seyfarth y D. L. Cheney [45], sino la ventaja de una co-

municación en primera persona con comprensión de la representación mental en otros. En estas prácticas intervienen todo un almacén de representaciones de estados (temor, desconfianza, deseo, motivo, ilusión,) que componen lo que denomina Angel Rivière «sistema conceptual específico», que es un sistema diferente del que construimos para el entendimiento del mundo físico químico o el de los entes matemáticos. Disponemos, pues, de sistemas que Llinas [46] denomina «sistemas hipercompletos» de medios de expresión, mediante los que proporcionar indicios de tales estados interiores; dos de los dispuestos por la evolución con este cometido son el movimiento, que proporciona el instrumento de la seña [47], (el cambio en la forma y la posición) y el lenguaje que proporciona el instrumento de los instrumentos de comunicación; el lenguaje optimiza las posibilidades de cualquier otro sistema de comunicación. Disponemos de una *competencia inferencial* para deducir, por los indicios expresivos, los estados mentales-intencionales del Otro, entre los que se encuentran todo su correspondiente sistema conceptual-representacional acerca de sus propios estados interiores o el de terceras personas. Disponemos de una *competencia deductiva-inductiva* mediante la cual somos capaces de imaginar-predecir y explicar el comportamiento de otros o dar cuenta del propio.

Todo este sistema de comprensión relacional podemos analizarlo como una modalidad de *cómputo lógico*, *ad hoc* para contextos relacionales; y también como un *sistema cognitivo* que privilegia el aspecto de *creencia* o suposición, acerca del

significado o la explicación del comportamiento propio o ajeno (de ahí su denominación desconcertante de «Teoría de la mente»). También empleamos este sistema mental como *recurso, enfoque o estrategia*, para la comprensión del comportamiento de otras especies o incluso el funcionamiento del Universo, como ocurre en los mitos y en el animismo (a este empleo de nuestra actividad mental como recurso para describir el comportamiento de otras especies Dennet lo denomina *enfoque intencional*). Si consideramos el asunto desde un punto de vista práctico este aparato mental tiene una enorme *utilidad* cooperativa y competitiva para la sobrevivencia y funciona claramente como otra forma de *inteligencia operatoria*, resolvemos ingentes cantidades de problemas ejercitando esta inteligencia operatoria social. Esta destreza se muestra como un *recurso pragmático* [48].

Para la construcción de una vivienda, los humanos disponen de dos fuentes de información, territorial y social, y disponen de dos sistemas operatorios o inteligencias prácticas, las funciones mentales operatorias que aplicaron a la construcción de herramientas y las funciones mentales operatorias que aplicaron a las prácticas convivenciales, entre las que formaban parte las de enseñanza-aprendizaje. Ningún simio que emplea herramientas presenta comportamientos de este último tipo. Esta función adaptativa se observa únicamente en humanos. El proceso de extragestación, como lo denominan los investigadores de Atapuerca, en los humanos, incluyen las prácticas de crianza. Las dos categorías de funciones mentales operatorias descritas sir-

ven a esas prácticas y las dos se implican en la configuración de los diseños instrumentales y en la proxémica (semántica espacial) de la convivencia y la crianza.

A la competencia mentalista la califica A. Rivièrre de «sistema conceptual» porque se construye y expresa en términos de pensamientos, creencias, deseos, recuerdos, apreciaciones..., de ellos se encuentran plagados los textos literarios que cuentan historias de relaciones humanas. Dennet la denomina *actitud intencional* asociando este concepto, de manera privilegiada, a los de deseo y creencia [49]. Bruner advierte la limitación con que se trata el tema y pone una chinita en el asunto diciendo que faltan las «actitudes emocionales», una tara de toda la historia filosófica occidental. Aunque no podamos desarrollar la cuestión, el lector no puede perder de vista que los dominios vitales humanos están imbuidos de conocimiento y de pegajosidad, de entendimiento y emoción, de semiótica del lugar y de sensaciones en el lugar, de lo cual resulta un «mejor esto (acción) aquí y lo otro (acción) allí». En un animal así, como es el humano, el dominio vital queda calificado, muestra su valor de amabilidad, de manera especial en las *zonas de proximidad*.

Cerramos aquí el primer argumento: el denominado comportamiento social, en la línea humana, es también una inteligencia operatoria, que contribuye de manera esencial a maximizar la ecuación costo-beneficio en la relación con los dominios de subsistencia; creemos que el aumento progresivo de la complejidad y relevancia de determinados patrones y

prácticas sociales de convivencia es un referente fiable para la selección y conformación de espacios que se encuentren en la línea que lleva a la casa. Más aún, creemos que la casa se encuentra, entre humanos, dentro de la línea de selección cultural, que potencia iniciativas y diseños para la optimización de los efectos de las prácticas convivenciales, especialmente las de cooperación grupal de subsistencia y de crianza. Creo que las exigencias de convivencia son, sobre todo, las que dirigen, las cada vez más selectivas zonas de intimidad; la gestión de la convivencia estaría en el origen, como hipótesis, de la aparición de la casa, como espacio clave para el desarrollo y la formación primaria del tipo de mente propia los humanos, la vía por la que terminó la casa transformándose en una necesidad vital.

Esta hipótesis intentamos corroborarla con el segundo argumento prometido: demostrar que el campamento y finalmente, la cabaña, constituyen una de las formas de expresión cultural de la relación del hombre con el espacio; éstas recibieron en su institución una presión decisiva, no sólo de la relación espacial de subsistencia, sino de una relación espacial de convivencia. Argumentaremos seguidamente a partir de la interpretación de datos empíricos relacionados con la sedentarización.

8. Los seres humanos no terminan nunca de hacer su casa

En este momento tenemos todos los materiales necesarios para completar el objetivo de nuestra indagación. Roger

Lewin al plantearse las relaciones entre cuerpos, cerebros y energía, y las estrategias relativas a la producción de descendencia [50], recuerda la advertencia de H. Horn: «en el juego de la vida un animal apuesta su descendencia frente a un ambiente más o menos caprichoso» [51]. En el juego de la sobrevivencia individual el envite es la subsistencia, pero en el de la especie es la descendencia. La forma de producción (inteligencia técnica) apunta a *espacios de andar viviendo* y la socialidad (relaciones de grupo, relaciones de sexoreproductoras, relaciones de crianza, inteligencia social) apunta, además, a espacios de vivienda.

8.1. *El afincamiento en un territorio*

Entramos, definitivamente, en la comprensión del establecerse, afincarse y permanecer de modo estable en un territorio. Desde el punto de vista empírico la sedentarización debe ser estudiada con variables de vivienda-habitación y sus formas (campamento, asentamiento, abrigos, cabaña, poblado, urbanización); pero estos datos son instrumentos de corroboración de hipótesis acerca de prácticas y comportamientos del grupo que se sedentariza. El grupo, en la gran mayoría de las especies de primates está transido, y tipificado por la coordinación de funciones biológicas respecto a la búsqueda de alimento, el cuidado de las crías, la defensa de los depredadores, todo ello en interacción permanente con oportunidades y conformaciones territoriales; incluso la anatomía corporal responde a esta interacción con el que denominábamos anteriormente hiperespacio de vivienda (por las múltiples variables implicadas

en su amabilidad). Por eso todos los paleoantropólogos coinciden en que los bípedos *son* animales de sabana y en que nuestros ancestros fueron animales arborícolas. También se encuentran caracterizados por una intensa actividad de interacción social, prácticas de socialidad, *sin una aparente utilidad vital*, una tela de Ariadna de permanente tejer y destejer afinidades y alianzas, incluso juegos y juegos con piedras.

Aunque no tengamos huellas fósiles de estos comportamientos de los ancestros humanos, no se puede entender la sedentarización sino en el *nodo* en el que se entrecruzan las prácticas espaciales de subsistencia (técnicas) y las prácticas espaciales de socialidad (sociales). Este habría de ser el marco de referencia y el contexto de donde brote el sentido de las funciones que toman el espacio de habitación como *tema de diseño* (construcción de vivienda). De hecho, la habitabilidad de una vivienda se define en las conversaciones por el modo cómo se vive en ella, prácticas y experiencias, y por la manera en la que la propia casa da oportunidad de vivir, sensaciones y vivencias.

En el nodo de interacciones entre semánticas espaciales y relaciones conviviales confluyen todas las variables relevantes para las decisiones y valoraciones de la vivienda. Intuyo que el patrón de habitación se define en función de objetivos estratégicos en espacios de subsistencia y objetivos tácticos de socialidad; la doble *inteligencia práctica*, técnica y social, planificará las estrate-

gias, diseñará las tácticas de consecución de esos objetivos, habrá de tomar decisiones y anticipar situaciones en relación con la localización y el diseño de los emplazamientos, sus usos y sus tiempos de ocupación.

En el andar por la vida, *tener espacio* lo tomamos como signo de poder y oportunidad, se representa como *posición* y papel de actor en el escenario social; se percibe asimismo como *tener público*, tener quien te mire y escuche, en el que se refleje la propia identidad y retorne en forma de reconocimiento e importancia [52]; se entiende como *marco de referencia*, agarradera, dentro del cual encontrar sentido para la experiencia [53].

Los primeros asentamientos debieron originarse en la confluencia de la subsistencia y la convivencia, en la manera de tratar el espacio cuando se introdujo la carne en la dieta, la necesidad de manipular las piezas con instrumentos y la evaluación del costo-beneficio de compartirla. «Potts sugiere que la mejor estrategia habría sido guardar las herramientas en refugios esparcidos por todo el territorio y entonces transportar a los cadáveres capturados al refugio más cercano. Esta es la solución más eficiente, ya que minimiza la cantidad de energía necesaria para viajar con herramientas de piedra y carne», y concentrar allí hembras y crías [54]. El dominio vital humano, aunque haya colonizado casi toda la Tierra no puede comprenderse sin subrayar la importancia de estos *lugares* de práctica social.

8.2. ¿Neolítico o sedentarización? Prioridad de la inteligencia práctica social sobre la inteligencia práctica técnica

Gómez Fuentes, arqueólogo de la Universidad de Salamanca, con atrevimiento, propone nada menos que cambiar la denominación de *Neolítico* por la de *Sedentarización*. El concepto de Neolítico se encuentra asociado a la cultura de útiles de piedra, entendido como el indicador por excelencia del progreso en la inteligencia práctica de los humanos, según ya hemos comentado. El autor se suma a un nuevo grupo de investigadores que toma como objetivo de la prehistoria reconstruir, en perspectiva holística, *los modos de vida* y su evolución en el grupo de los humanos; esta perspectiva es la que promueve el análisis de las diferentes variables, comportamentales y espaciales, y cómo se integran, proporcionando una imagen de sus cambios en el tiempo; si se reconstruyen las interpretaciones es razonable que se modifiquen los conceptos que las referencian [55]. El privilegio del útil y la técnica sesgan la comprensión del dominio vital humano y el modo de interacción entre las variables que lo definen, siempre se toma la técnica como el organizador y guía de los que mana la presión selectiva para la evolución de las funciones mentales y las prácticas espaciales.

La prioridad del útil vuelve a mostrarse en la secuencia, comúnmente admitida, agricultura - ganadería - sedentarización. Esa secuencia obtiene apoyo del hecho de que, durante millones de años, fueron los humanos (grupos) nómadas

carroñeros-cazadores-recolectores. Richard Lee califica este modo de vida, la captura de piezas y la recolecta de grano-fruto, como «la adaptación más plena y persistente que el hombre ha logrado jamás» [56]. Es corriente afirmar que una razón poderosa para la transformación del cazador errante en poblador sedentario fue la agricultura, precedida por recolección simultaneada con la cacería, antecedida por la caza selectiva, la recolección estacional y el refinamiento en los útiles.

Gómez Fuentes muestra que los datos arqueológicos que proporciona J. Cauvin en Tell Mureybet, Jericó y otros asentamientos sirio-palestinos [57] argumentan sólidamente sobre una precedencia de la sedentarización, respecto a la agricultura y la ganadería. La modificación del tipo de residencia, el paso de la habitación en la cueva paleolítica a la sedentarización en terrazas, la transición de la cueva a la cabaña, pudo ser consecuencia del incremento demográfico y de la exigencia de mejor *desenvolvimiento* y *gestión de la convivencia en grupos* mayores, junto a otras variables. La fijación de la convivencia a un territorio constituye la interfaz previa a la construcción de residencia. Valorar la relevancia de este proceder supone, entre otras cosas, entender la socialidad como un proceso intelectual tan práctico, tan operatorio, tan adaptativo, como la propia práctica de la caza o la práctica de la recolección. Ni siquiera los primeros poblados de cabañas de planta oval o circular, como las de Nahal Oren, exigirían posesión de tierra (referencia a la prioridad agrícola), dado que la primera sedentarización pudo

asociarse en los primeros asentamientos con actividades productivas de caza mayor, caza menor y recolecta de grano salvaje. Los hallazgos avalan la prioridad de la sedentarización; de ahí que Gómez Fuentes proponga que el concepto de sedentarización suplante al de neolitización:

«Como índices empíricos para poder definir la sedentarización se proponen los siguientes: a) la construcción del poblado, o en época más temprana la ocupación de la terraza próxima a la cueva, lugar de habitación del momento anterior, asentamiento con fosa, etc.; a.1) la presencia de sepulturas en el poblado; b) la existencia de actividades domésticas, o el inicio de la puesta en práctica de nuevas técnicas como el pulimento de la piedra; y, c) la explotación del entorno, espacio que muy bien puede tener ecosistemas variados, la llanura, la montaña, etc.» [58].

Gómez Fuentes lo expresa diciendo «el grupo humano se despega de la tierra», insinuando una especie de liberación ecológica: si el lugar elegido no ofrece el resguardo de la caverna, sabe cómo procurarlo, aunque se trate de terraza abierta a la intemperie. Esta idea de liberación ecológica, sigue manteniendo la idea de «dominio» y autonomía que parece inspirar el privilegio del útil (dominio de leyes de la naturaleza). Sin embargo H. van Lier, de quien recibí mi primera impregnación de sensibilidad espacial, en vez de percibir desapego a la tierra y al espacio, entiende que, siempre que se inicia un cambio importante en el modo de

vida, es en *sinergia*, en concurso activo y concertado, con ellos; concibe el autor la evolución tecnológica como oleadas sucesivas de *sinergias* con el entorno. En 1965 reparaba en que se avecinaba una nueva andanada de sinergias asociadas a tecnologías innovadoras, hablaba de «nueva edad» [59] y de las Humanidades del siglo XX que habrían de venir de la mano con ella [60]. El sentido de sinergia lo expresa Gómez Fuentes, cuando resumiendo el concepto de sedentarización afirma: «la tierra pasa de ser objeto de trabajo a ser instrumento». Estimo que sería mejor afirmar que pasa de lugar en el que conseguir subsistencia a instrumento dentro de prácticas de subsistencia-convivencia. La sedentarización adquiere la forma de un espacio multivectorial de adaptaciones vitales (técnicas y sociales), de aplicaciones de inteligencia práctica social y de inteligencia práctica técnica, dentro de cuyos diseños y artificios se encuentran los que toman la propia tierra, los recursos del terreno, como instrumento para generar transiciones e interfaces en la vivienda, en el andar viviendo. En las cuestiones de vivienda, del andar viviendo, no vincular las variables de inteligencia social con las de la inteligencia técnica, crea la sinécdoque que reduce el entendimiento de *la vivienda* a la expresión y producto de una técnica de construcción, por más influencias que luego se adjudiquen a la arquitectura respecto a lo que dentro de ella acontezca. La comprensión de la aparición de la cabaña, de la cultura humana de la fabricación de viviendas requiere, al mismo tiempo, de entendimiento y conceptos de economía de subsistencia, y de entendimiento y conceptos de consisten-

cia de convivencia. Como tanto lo uno, como lo otro, son quehaceres de vida es comprensible que los humanos sigan sin acabar nunca con la casa.

9. La imaginación, función mental en las prácticas de vivienda

M. Blondel, de quien procede el calificativo de *Homo faber*, al introducir el término incluyó intuiciones muy sugerentes. La expresión *Homo faber*, la construyó inspirado y seducido por el verbo griego «poiein». El consideraba la inteligencia práctica en todas sus manifestaciones y no meramente en un sentido fabril. En el trabajo con instrumentos, en las prácticas operatorias reflexivas y en las prácticas operatorias culturales, no solamente interviene el cómputo y la lógica, el ensayo y el error, sino el desorden, la extrapolación, el desbordamiento creativo de una cenicienta mental como la imaginación cuyas riendas dirigen las impredecibles emociones y las brumosas sensaciones. Blondel ve la inteligencia práctica ejercitándose en el espacio y en el grupo, manipulando y comunicando, jugando con movimientos y con formas, trabajando con representaciones visuales, auditivas, táctiles, cenestésicas, emocionales y cognitivas; con todo ello imaginando, anticipando, ensayando, calibrando estrategias, tácticas, predicciones, resultados y emociones creativas; ve la inteligencia operatoria...

«...aplicada a toda suerte de operaciones, desde las que modelan el barro hasta las realizaciones más altas del artista y el poeta. Meter las manos en la masa, esculpir una Minerva,

encarnar la poesía pura en la materia preciosa de palabras evocadoras y cadenciosos sonidos, es en todos los casos ejercer el oficio de fabricación idealista que lleva a definir el hombre: *Homo faber*. El primer juego de niño, consiste en manejar las cosas para construir el apoyo o la morada de sus sueños. En los útiles más rudimentarios del lenguaje y la industria hasta las creaciones más libres del genio, en todas partes se encuentra la materia animada, transfigurada, sublimada por el obrero humano, dominado por el deseo de rehacer el mundo en propio beneficio, en vistas a la realización de un orden que responda mejor a sus aspiraciones» [61].

En el caso de los humanos intervienen, en la identificación, diseño e institución de la zona de andar viviendo, objetivos y metas, conocimientos y creencias, patrones culturales y valores. La comprensión de la complejidad de la zona de vivienda requiere de perspectivas geográficas, ecológicas, etológicas, económicas, psicológicas y sociales. En rigor, la consideración antropológica de la zona de vivienda requiere de estrategias de macroscopía, exige la disposición de instrumentos mentales para la observación de tal complejidad; ese macroscopio se arma con aparatos conceptuales de procedencia necesariamente interdisciplinar. E. T. May acuñó el término de «proxemística» para referirse al tratamiento de las prácticas comportamentales integradas a lugares, y a la inducción del lugar para concepción de prácticas, la llamada y el lenguaje del lugar [62].

En una primera aproximación, las sensaciones espaciales son multimodales: visuales, auditivas, cinestésicas (de psicomotricidad), olfativas, térmicas, sobre cada una de ellas intervino moldeando una cultura imaginativa, una interacción entre «lenguaje del espacio» y «lenguaje del cuerpo». Como indica J. L. García, «el territorio es un espacio socializado y culturizado, del tal manera que su significado sociocultural incide en el campo semántico de la espacialidad» [63]. De ello se deduce que pueden rastrearse en las diferentes culturas infinitud de formas de dominio vital del espacio, asociadas a las diferentes modalidades perceptivas, a pautas poblacionales de ocupación, a pautas diferenciales de vida familiar y vida colectiva, a categorías de patrones económicos, a simetrías-asimetrías de estructura social y de actividad cooperativa, a parcelamiento espacial y modalidades de organización grupal y familiar, al planteamiento de diferentes formas de territorialidad exclusiva asociadas a diferentes formas de *reclamación de intimidad*.

El espacio debe analizarse entre los humanos en tanto que aportador de componentes relevantes, complejos y diferenciados a un mundo de significados. De ahí que esos significados tanto puedan extraerse mediante observación de una comunidad cultural, que da muestras ostensivas de los significados a través de la asociación entre prácticas y lugares, como indagarse entre los componentes semánticos del lenguaje con el que la comunidad intercambia esos significados dentro de narraciones, en las que se declaran usos y significados espaciales

consensuados; en esas narraciones se dan justificaciones de las prácticas en el lugar y justificaciones espaciales de las prácticas; como cuando se inicia una narración «este lugar invita...»

9.1. *Carácter realizativo de la experiencia humana*

Los receptores sensoriales de todos los organismos están destinados a *notar apariencias del mundo*, algunos prefieren emplear el término *captura*, como si la mente anduviera a la caza de señales; tal actividad de *andar notando*, y sus modos, es la mitad del billete para el viaje de andar actuando, el modo de notar es la vía del modo de actuar. F. Broncano, para resaltar este aspecto, habla de que «la experiencia perceptiva» es «fáctica o realizativa», sus «condiciones de éxito dependen de la inserción efectiva en la realidad y en el flujo de información que proviene de ella» [64]. Los organismos no son representantes de un sistema de flujo de información, son actores cuya actividad hace referencia a algo con significado vital; de ahí que la competencia de cada organismo en el mundo la denomináramos *profesión*, pues delimita un dominio vital y expresa una habilidad práctica. Por eso afirma Fernando Broncano, con gran agudeza, que la experiencia florece no en el seno de la pasividad sino en el afán de una *habilidad*. Descarta así la pasividad de los ingenuos, que creen en la mente como espejo, y la desmesura activa de los constructivistas, que piensan el mundo como una construcción social; los unos se quedan sin comprender la exploración del organismo y los otros se quedan sin la objetivi-

dad de la experiencia. La experiencia no elude el mundo, aunque alude a nuestro modo de ser corpóreo y mental, de ahí que *la zona de intimidad* pueda indicar espacio y objetos físicos (una habitación, el coche, la mesilla de noche, los libros, el diario, la ropa, la vivienda etc.), un espacio de estados emocionales (lo que siente por alguien o por algo, lo que se cree que otro siente por mí), una trama de pensamientos (lo que uno piensa o cree aquello por lo que lucha o defiende), un espacio relacional, un ámbito laboral...

Si somos exigentes en la reflexión sobre la vivienda, lo que la arqueología consigue, las *estructuras evidentes*, proporcionan los hechos empíricos de la inteligencia operatoria; la disposición de los hechos en el espacio y el tiempo nos permite construir hipótesis, *estructuras latentes* (inteligencia operatoria social), que corroboramos a partir de las relaciones demostrables entre los hechos obtenidos y mediante analogías con el comportamiento de primates y simios [65]. La vivienda-asentamiento, en tanto *nicho* («couche») *cultural*, informa de necesidades, deseos, que llevaron a los humanos a transformar, modificar o construir espacios de habitación, de gran variedad de estructuras y formas, dependiendo de las funciones prácticas imaginadas para vivir en ellos, vivir de ellos, vivir por ellos: asentamientos, cuevas, abrigos, cabañas de superficie (construidas de diferentes materiales), cabañas subterráneas, poblados... tumbas. Decían H. Maturana y F. Varela que el conocimiento y la cultura nos trae mundos a la mano [66].

9.2. *Imaginación y sensación en la proxemística (lenguaje del espacio) humana*

El campamento («site») más antiguo descubierto, denominado DK, es Koobi Fora, descubierto por M. Leakey en los años 1960, datado con 2,5 millones de años [67]; proporciona datos «técnicos» (*estructuras evidentes*) en relación con la decisión de asentar: localización próxima al agua, murete contra viento, relación con lugares de caza, relación con actividades de despiece, fábrica de talla planificada de rocas duras; no disponemos de datos sociales (*estructuras latentes*), ni mucho menos de cómo la imaginación intervino en el proceso práctico de relacionar viento-murete, artesanía del parapeto, ahondamiento del suelo, espacio de extracción de piedras materia prima, espacio para tallar, espacio para despiezar, espacio para sestear, jugar, celebrar, copular... Tenemos que imaginar nosotros en la mayor oscuridad empírica y dando enormes saltos en el tiempo.

La primera cabaña conocida, la de Terra Amata en Niza [68], también paleolítica, indica dominio del fuego. Esta técnica se consigue tras todo un prodigio de observación de las dinámicas del entorno, de imaginación y de habilidad operatoria hasta convertir algo, tan inmaterial, en instrumento para la realización de nuevas prácticas de todo tipo: calentamiento, cocinamiento, alargamiento del día, arma disuasoria para depredadores, punto de celebración y lenguaje, fuente de pigmento. El fuego es un elemento técnico que abre un nuevo capítulo de transiciones arquitectónicas

en la evolución del «*hogar familiar*». Con el fuego, con el lenguaje, como datos empíricos, llegan a las manos de las habilidades operatorias imaginativas elementos inmatriciales (el fuego, el pigmentado, el coloreado, el pintado...), todos los cuales debieron intervenir en las transiciones de la vivienda. Tal vez nunca podamos demostrar empíricamente el rol que debió jugar el trato con las inmaterialidades, algo que solemos asignar a la estética, en la evolución de la vivienda. Vigotski abrió una vía para comprender este ámbito, dentro de las experiencias realizativas, al definir el arte como técnica de las emociones [69]. ¿Cuál fue la medida en la que la configuración del espacio de vivienda se debió a la cultura de la emocionalidad y de la comprensión e investigación de la amabilidad en las estructuras, en las formas de los objetos, en las sensaciones de los ambientes?

En la relación costo-beneficio entre subsistencia y asentamiento tuvieron los humanos que tomar decisiones de movilidad-proximidad entre los diferentes actores del grupo, especialmente en función del género y en función de la edad; como tuvieron que tomar decisiones respecto a componentes de vivienda, los elementos móviles y los elementos fijos, decisiones de acampamiento y decisiones de transporte. De entre todos los elementos del espacio de residencia destacan tres, presentes en toda la historia: el hogar, el lecho y el techo. La casa se diversifica siguiendo dos criterios de recrecimiento —la separación en habitaciones y el ayuntamiento de estancias (graneros, corrales, cercas...)—; dos criterios de límite —cerramientos y aberturas—; tres crite-

rios de nivel —subterránea, en planta o en pisos— que introduce el concepto de escalera, otro prodigio de imaginación. Leroi-Gourhan hace una clara síntesis de los parámetros que han dirigido la evolución de la vivienda, marcada de manera evidente por *rasgos de tecnología* y *caracteres de etnicidad*, como ocurre con la indumentaria. No podemos olvidar que la etnicidad se encuentra asociada a rasgos de territorialidad (cultura de ocupación), a rasgos de narratividad (cultura de conversación, de temas y diferenciales emocionales asociados a temas), a rasgos de familiaridad (criterios de parentesco y de próximos) y a tradiciones de todo tipo. Levi Strauss complementa esta historia de etnicidad de la vivienda con la historia de la etnicidad de la familia [70].

Si dentro de esos patrones de evolución ha habido cambios a lo largo del tiempo, menos cambios estructurales básicos que de apariencias y estéticas (tecnologías de emocionalidad), sobre todo se han ido produciendo cambios en las estructuras latentes de convivencialidad, que afectan a planteamientos generales de una antropología de la educación. También aquí encontramos dos ejes o patrones de evolución del grupo residente en la misma casa [71]: en el campo de las alianzas (matrimonios) en vistas a la descendencia [72] y en el de las filiaciones. E. Roudinesco [73] resume esta evolución e indica las transformaciones más aparentes en el momento actual. De un «grupo familiar» organizado para el sostenimiento del patrimonio de subsistencia y de descendencia, a una familia organizada en torno a una «lógica afectiva». En el recorrido aparecieron

presiones que transformaron la distribución de «autoridad», la naturaleza de las alianzas, los conceptos de filiación y los criterios de normalidad en la relación. Las variantes actuales son múltiples: separaciones y recomposiciones conyugales, parejas de hecho, parejas de individuos del mismo sexo, diferentes modalidades de promoción de descendencia e institución de filiación [74], diferentes categorías de convivientes.

La antropología de la educación ha tenido hasta el momento una perspectiva generacional, lo que situaba la relación de filiación en el fundamento de la formación del sujeto humano, lo que equivale a considerar la casa como la institución formativa por excelencia y la más determinante. El concepto de dominios vitales, espacios de andar viviendo (vivienda sin metonimias ni sinécdoques), más amplio que el de domicilio, obliga a considerar los otros espacios de relaciones (comunidad de iguales, lugar de trabajo, lugar de ocio, lugar de afiliación política...) con parecida relevancia formativa, obligando a revisar el valor de muchas investigaciones [75]. Debemos retomar como marco de referencia el espacio comunitario, entendido como comunidad de prácticas [76], reconstruyendo el concepto de educación informal, en tanto que sistema de los dominios reales de andar viviendo. Y, sobre todo, por exigencias de una epistemología evolutiva, tendremos que romper la antinomia naturaleza-cultura [77], porque hemos de hacer compatibles e integrables los dos sistemas replicantes, el biológico y el cultural. Como propone F. B. M. de Waal,

«quizás haya llegado el momento de abandonar la dicotomía» [78].

9.3. *Las imágenes de la vivienda cuando cambian los sistemas de comunicación*

No he encontrado referencias a si el formato de la vivienda cambia, ni la medida en la que pudo hacerlo, como consecuencia de la introducción de la escritura, la aplicación de la función gráfica a la comunicación simbólica, si no es por la vía de la decoración, las Cuevas de Altamira o los templos egipcios decorados con pictogramas y jeroglíficos.

Lo que si estamos comprobando es que en el concierto de comprensiones y transformaciones del concepto de *dominios vitales* está aflorando un nuevo punto de vista que invierte radicalmente las interpretaciones del hombre respecto al espacio. En la denominada Sociedad de la Información el imaginario espacial de las TIC es sorprendente. Habla de deslocalización y desterritorialización, el fin de las fronteras y el fin de los territorios [79]. Tal vez todo esto invite a plantearnos la antropología de la educación desde el principio, pensando a los humanos como seres vivos, cuya primera demanda es de calidad de espacio vital; tal vez los únicos que se deslocalizan son los que tienen ordenador en su casa, practican con él en el trabajo o toman dinero y realizan gestiones en cualquier sitio mediante autómatas. Se están deslocalizando muchas prácticas humanas.

Sigue siendo una evidencia patente la necesidad vital de dominios conviven-

ciales, aun cuando en casa se viva solo; lo que pasa cuando se carece de el lo muestran los niños supervivientes al abandono, como Víctor del Aveyron. No podrá faltar en ese replanteamiento la atención a las estructuras latentes en los dominios vitales humanos, para poder responder a una pregunta que no permite demoras: ¿Por qué, si la casa es dominio vital del hombre sedentario, del hombre que comienza a dominar la subsistencia precaria del errante, que ha permanecido como estructura evidente de entendimiento social, aparece como un espacio alarmante de violencia doméstica y malos tratos, junto con las cárceles y los burdeles? Antes de responder recomiendo la lectura en clave espacial, de la historia de Gennie [80], calificada en los medios de comunicación como «la última niña salvaje», descubierta en 1972 en la ciudad de los Ángeles, durante trece años recluida en una habitación, a la que ni siquiera llegaban los ruidos de la calle, sujeta por un arnés, de día sentada en una silla con agujero para sus necesidades, de noche metida en un saco, sin que nadie le dirigiera la palabra. Cuando la descubre la policía y la entrega a la ciencia, los expertos se preguntaban si era profundamente incapaz por haber sido aislada, o fue aislada por haber sido incapaz. Trece años de aislamiento la convirtieron en humanamente irrecuperable.

He pretendido en este artículo mostrar que, para preguntas de vivienda como éstas, no se puede recurrir sólo a temas de inteligencia práctica técnica, sino a temas de inteligencia práctica social. La casa es un «hiperespacio» privilegiado para lo uno y lo otro.

Dirección del autor: Joaquín García Carrasco, Universidad de Salamanca, Facultad de Educación, Paseo de Canalejas 169, 37008 Salamanca.

Fecha de recepción de la versión definitiva del artículo: 20.V.2004.

Notas

- [1] Este trabajo, para su redacción final, ha recibido el beneficio de los comentarios y críticas de Ángel García del Dujo y de Teresa Romaña.
- [2] La categoría medio o la arquitectura institucional han sido más atendidos; con amplitud, la psicología del espacio. En el entorno pedagógico español, bajo la perspectiva que seguiremos escurbando en este trabajo, fue un momento importante la tesis de doctorado de Teresa Romaña (1992) «*Entorno físico y educación. Hacia una pedagogía del espacio construido por el hombre*»; se encuentra microfilmada en los fondos documentales de la Universidad de Barcelona. El contenido se recoge actualizado en ROMAÑA, T. (1994) *Entorno físico y educación: reflexiones pedagógicas* (Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias). Como último testimonio, en los inicios del 2004, y siguiendo las mismas pistas, se ha defendido otra tesis en la Universidad de Salamanca: MUÑOZ RODRIGUEZ, J.M. (2004) *Pedagogía de los espacios. Bases teóricas para el análisis y reconstrucción de la educatividad de los espacios* (Universidad de Salamanca). La investigación ha sido dirigida por el Prof. Ángel García del Dujo.
- [3] DENNETT, D. C. (2000) *Tipos de mentes. Hacia una comprensión de la conciencia* (Barcelona, Debate).
- [4] GARCÍA CARRASCO, J., GARCÍA DEL DUJO, A. (2001) *Procesos primarios de formación del pensamiento y la acción. Teoría de la Educación, T.II.*, pp. 64 y ss (Salamanca, Editorial Universidad de Salamanca, Salamanca) Dedicamos un capítulo entero a lo que allí se denomina «*ecopoiesis*», aludiendo a la dimensión ecológica de la identidad, en contraposición a la «*autopoiesis*» o dimensión subjetiva de la misma identidad.
- [5] AGUADO, B. (2003) Proyecto Genoma y posgenómica, pp. 311-343, en *Cincuenta años de ADN, la doble hélice*. (Madrid, Espasa-Calpe).
- [6] ALCOCK, J. (1978) *Comportamiento animal. Enfoque evolutivo*, p. 23 (Barcelona, Salvat).
- [7] VENDRELL, B., GUERRERO, R., BERLANGA, M. (2004) Ecosistemas mínimos, pp. 36-37, *Investigación y ciencia*, Enero.

- [8] MAYNARD SMITH, J., SZATHMARY, E. (2001) *Ocho hitos de la evolución. Del origen de la vida a la aparición del lenguaje*. Metatemas-67 (Barcelona, La Caixa); SIMPSON, S. (2003) Las primeras formas de vida a debate, pp. 52 y ss. *Investigación y Ciencia*, Junio; HAZEN, R. M. (2001) Origen mineral de la vida, pp. 48 y ss, *Investigación y ciencia*, Junio.
- [9] DENNETT, D. C. (2000) *Tipos de mentes. Hacia una comprensión de la conciencia* (Barcelona, Debate).
- [10] MARCO, A. (1994). *Autoecología y biología reproductora del lagarto verdinegro* (*Lacerta schreiberi*, Bedriaga, 1878) en una población de media montaña en la Sierra de Béjar (Salamanca). Tesis doctoral. Universidad de Salamanca; MARCO, A. (1996). Sedentarismo, áreas de campeo y selección de microhábitats en el lagarto verdinegro *Lacerta schreiberi*, pp. 45-61 *Doñana, Acta Vertebrata*, XXIII:1.
- [11] ALCOCK, J. (1978) *O.c.*, p.340-343.
- [12] VAUCLAIR, J. (1995) *L'intelligence animal*, pp. 33 y ss. (París, Editions du Seuil).
- [13] SLATER, P. J. B. (2000) *El comportamiento animal*, p. 42 (Madrid, Cambridge University Press). P.e., las currucas mosquiteras que anidan bien al norte de Europa y luego migran hasta muy al sur de África, atravesando en su periplo incluso el desierto del Sahara.
- [14] DESMOND, M. (1993 v.o. 1967) *El mono desnudo* (Barcelona, RBA).
- [15] PICQ, P., COPPENS, Y. (2002) Le propre de l'homme, en *Aux Origines de l'humanité, vol II* (París, Fayard).
- [16] LEONARD, W. R. (2003) Incidencia de la dieta en la hominización, pp.12 y ss, en *La conducta de los primates*, *Investigación y Ciencia*, Col. Temas-32.
- [17] LEAKEY, R. (2000) *El origen de la humanidad* (Madrid, Debate). «Yo creo que la evolución de la locomoción erguida, que distinguía a los antiguos homínidos de otros simios de la época, fue fundamental en la historia humana consiguiente. Una vez que nuestro lejano ancestro se convirtió en un simio bípedo se hicieron posibles muchas otras innovaciones evolutivas, junto con la aparición final de *Homo*» (p.13).
- [18] WAAL, F. (2002 v.o. 1992) *De la réconciliation chez les primates* (Flammarion). En este libro, el autor da cuenta de sus observaciones de chimpancés, dos especies de macacos, bonobús y comentarios sobre humanos.
- [19] CELA CONDE, C., AYALA, F. J. (2001) *Senderos de la evolución humana*, pp. 370-371 (Madrid, Alianza).
- [20] CARBONELL, E., SALA, R. (2002) *Aún no somos humanos. Propuestas de humanización para el tercer milenio*, p. 7 (Barcelona, Península).
- [21] CARBONELL, E., SALA, R. (2002) *O.c.*, p. 36.
- [22] CARBONELL, E., SALA, R. (2002) *O.c.*. «Hace pues 2,4 millones de años —no nos cansaremos de repetirlo— algunos primates empezaron a golpear piedras para fabricar instrumentos que usaban para cortar y triturar huesos. De esta manera, los homínidos del Plioceno africano podían cortar la envoltura de piel y grasa de los animales y conseguir su biomasa, así como llegar hasta el tuétano y obtener de él proteínas de alta calidad, sobre todo para los bebés y niños. Fue éste, sin duda, un avance extraordinario, una adquisición fundamental para el desarrollo de nuestro género» (p. 38).
- [23] DAWKINS, R. (1985 v.o. 1976) *El gen egoísta*, pp. 281 y ss. (Barcelona, Salvat). El último capítulo del libro reza en el título «Memes: los nuevos reproductores».
- [24] BLACKMORE, S. (2000) *La Máquina de los memes* (Barcelona, Paidós).
- [25] AUNGER, R. (2004) *El meme eléctrico. Una nueva teoría sobre cómo pensamos* (Barcelona, Paidós).
- [26] BERGSON, H. (1907) *La evolución creadora*, p. 138 (Madrid, Espasa-Calpe).
- [27] GOODALL, J. (1986) *En la senda del hombre. Vida y costumbres de los chimpancés*, pp. 208 y ss. (Barcelona, Salvat).
- [28] WHITEN, A., BOESCH, CH. (2003) Expresiones culturales de los chimpancés, pp. 36 y ss., *Investigación y Ciencia*, Temas-32.
- [29] Nota del editor, en *Id.*, p. 72.
- [30] WAAL, F. (1993) *La política de los chimpancés. El poder y el sexo entre los simios*, p. 265 (Madrid, Alianza).
- [31] *Id.*, p. 281.
- [32] PICQ, P., COPPENS, Y. (2002) *O.c.* p.190.
- [33] CELA CONDE, C. J. (2001) *Senderos de la evolución humana*, p. 182 (Madrid, Alianza).

La comprensión de la vivienda como un dominio vital de los...

- [34] WAAL, F. (2002) *El simio y el aprendiz de Sushi. Reflexiones de un primatólogo sobre la cultura* (Barcelona, Paidós).
- [35] WAAL, F. (2002) O.c., pp. 169 y siguientes.
- [36] PELAEZ DEL HIERRO, F., VEA BARO, J. (1997) *Etología. Bases biológicas de la conducta animal y humana*, p. 170 (Madrid, Pirámide).
- [37] WAAL, F. (2002) O.c., p. 199.
- [38] PELAEZ DEL HIERRO, F., VEA BARO, J. (1997) *Etología. Bases biológicas de la conducta animal y humana*, p. 157 y ss. (Madrid, Pirámide, Madrid).
- [39] DESBROSSE, R., KOZXOWSKI, J. (1994) *Les habitats préhistoriques. Des Australopithèques aux premiers agriculteurs*, p. 5 (París, Université Jagellon de Cracovia).
- [40] RYLE, G. (1967 v.o. 1949) *El concepto de lo mental* (Buenos Aires, Paidós).
- [41] DAVIDSON, D. (2003) *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*, p. 33 (Madrid, Cátedra).
- [42] WAAL, F. (2002) *El simio y el aprendiz de sushi. Reflexiones de un primatólogo sobre la cultura* (Barcelona, Paidós).
- [43] RIVIERE, A., NUÑEZ, M. (1996) *La mirada mental. Desarrollo de las capacidades cognitivas interpersonales* (Argentina, Aique).
- [44] ESTE, A. (1997) *Cultura replicante. El orden semiocentrista* (Barcelona, Gedisa).
- [45] SEYFARTH, R. M., CHENEY, D. L. (2003) *Mente y significado en los monos*, pp. 56 y ss, *Investigación y Ciencia*, Temas-32.
- [46] LLINAS, R. R. (2003) *El cerebro y el mito del Yo* (Barcelona, Belacqua).
- [47] SACKS, O. (2003) *Veo una voz. Viaje al mundo de los sordos* (Barcelona, Anagrama).
- [48] DENNETT, D. C. (2000) *Tipos de mentes. Hacia una comprensión de la conciencia* (Barcelona, Debate).
- [49] DENNETT, D. C. (1991) *La actitud intencional* (Barcelona, Gedisa). Especialmente, el cap. 5: «Más allá de la creencia».
- [50] LEWIN, R. (1994) *Evolución humana*, p.121 (Barcelona, Salvat).
- [51] Id.
- [52] GOFFMAN, E. (1987) *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (Buenos Aires, Amorrortu).
- [53] GOFFMAN, E. (1991) *Les cadres de l'expérience* (París, Les éditions minuit).
- [54] BOYD, R., SILK, J. B. (2001) *Cómo evolucionaron los humanos*, p. 353 (Barcelona, Ariel).
- [55] GOMEZ FUENTES, A. (1991) *Sedentarización o urbanismo*, pp. 85 y ss., *Studia Zamorensia*, XII.
- [56] Citado por LEAKEY, R. E. (1993) *La formación de la humanidad*, p. 208 (Barcelona, Optima).
- [57] CAUVIN, J. (1978) *Les premiers villages de Syrie-Palestine du IXème à VIIème millénaire avant J.C.* (Lyon).
- [58] GOMEZ FUENTES, A. (1991) O.c., p. 98.
- [59] LIER, H. Van (1962) *Nouvel age* (Tournai, Casterman, Tournai). No cabe duda de que el marco de referencia del autor era espacial. En aquellos años ya preparaba LIER, H. Van (1967) *Les arts de l'espace: peinture, sculpture, architecture, arts décoratifs* (Tournai, Casterman); LIER, H. Van (1981) *Introduction à la psychologie de l'environnement* (Bruxelles, Mardaga).
- [60] LIER, H. Van (1965) *Les humanités du XX^e siècle* (París, Casterman).
- [61] BLONDEL, M. (1893) *L'Action. I. Le problème des causes secondes et le pur agir*, p. 55 (París, PUF). La traducción es nuestra.
- [62] HALL, E. T. (1973) *La dimensión oculta. Enfoque antropológico del uso del espacio* (Madrid, Instituto de la Administración local).
- [63] GARCIA GARCIA, J. L. (1976) *Antropología del territorio*, p. 27 (Madrid, Taller de Ediciones JB).
- [64] BRONCANO, F. (2003) *Saber en condiciones. Epistemología para escépticos y materialistas*, p. 263 (Madrid, Mínimo Tránsito).
- [65] LEROI-GOURHAN, A. (1988) *El Hombre y la Materia. T. I., Evolución y Técnica* (Madrid, Taurus). Especialmente los tres primeros capítulos: «La tendencia y el hecho», «Los grados del hecho», «Jerarquía de las técnicas».
- [66] MATURANA, H., VARELA, F. (1990) *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del conocimiento humano* (Madrid, Debate).

- [67] DESBROSSE, R., KOZXOWSKI, J. (1994) *O.c.*, p. 16 y ss.
- [68] DESBROSSE, R., KOZXOWSKI, J. (1994) *O.c.*, p. 21.
- [69] VYGOTSKI, L. S. (1972) *Psicología del arte* (Barcelona, Barral).
- [70] LEVI-STRAUSS, C. (1988) *Historia de la familia. 2 Vol.* (Madrid, Alianza).
- [71] GOODY, J. (2001) *La familia europea* (Barcelona, Crítica).
- [72] HERITIER, F. (1996) *Masculino / femenino: el pensamiento de la diferencia* (Barcelona, Ariel).
- [73] ROUDINESCO, E. (2004) *La familia en desorden* (Anagrama, Barcelona).
- [74] DELUMEAU, J. (2001) *Histoire des pères et de la paternité* (París, Larousse).
- [75] RICH HARRIS, J. (1999) *El mito de la educación. Por qué los padres pueden influir muy poco en sus hijos* (Barcelona, Grijalbo).
- [76] WENGER, E. (2001) *Comunidades de práctica. Aprendizaje, significado e identidad* (Barcelona, Paidós).
- [77] PINKER, S. (2003) *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana* (Barcelona, Piados).
- [78] WAAL, F. (2000) Bases genéticas y ambientales de la conducta, pp. 48 y ss., *Investigación y Ciencia*, Enero.
- [79] BADIE, B. (1995) *La fin des territoires. Essai sur le désordre international et sur l'utilité social du respect* (París, A. Fayard).
- [80] RYMER, R. (1994) *Gennie. Histoire d'une enfant victime de son père et de la science* (París, Robert Laffont). Gennie es nombre ficticio para preservar su verdadera identidad. Cualquier resumen que hagamos no debe evitar la lectura de la obra completa, si se quiere apreciar en toda su complejidad la situación y el proceso seguido por Gennie.

Resumen:

La comprensión de la vivienda como un dominio vital de los seres humanos

Analiza el concepto de dominio vital, como marco de referencia para un estudio evolutivo del concepto de vivienda entre humanos. Se diferencian dos formatos de funciones mentales operatorias: inteligencia práctica técnica e inteligencia práctica social. Ambas se analizan en contexto animal y en contexto humano. A partir de este análisis se estudia la semanticidad de la vivienda humana, justificando el que las prácticas de convivencia en este espacio contribuyen a la construcción del sujeto humano.

Descriptor: Dominio vital, casa, coexistencia, comportamiento social.

Summary:

The meaning of the house as a vital domain of human beings

The article analyzes the concept of vital domain, as a frame of reference for an evolutionary study of the concept of housing among humans. Two formats of operating mental functions are differentiated: technical practical intelligence and social practical intelligence. Both are analyzed in animal and human contexts. From this analysis the semantics of the human housing are studied, justifying that the practices of coexistence in this space contribute to the construction of the human subject.

Key Words: Vital domain, housing, house, coexistence, social behavior